

# Determinismo y Libertad Humana en la Dialéctica Calderoniana

Por CHARLES AUBRUN  
( Profesor de la Sorbona )

En la abadía cisterciense de Royaumont, fundada por San Luis hacia 1240, tuvo lugar en abril pasado un coloquio sobre la tragedia y lo trágico. Ilustres representantes del helenismo y de la latinidad, conocedores eruditos del teatro de Elizabeth primera, historiadores especializados en la literatura del siglo de Luis XIV y una cohorte de hispanistas, confrontaron sus trabajos y sus teorías. Se llegó a dar una definición de lo trágico: es la situación afectiva creada cuando los dioses, o bien abandonan al héroe y le dejan el peso total de su destino, o bien asumen enteramente este mismo destino, haciéndole instrumento de sus designios. Una angustia, o como dice Unamuno, una congoja inaguantable surge a consecuencia de este exilio o de esta enajenación del semi-dios — semi-hombre (tal es la definición exacta del héroe). También el espectador, del que presencia este destino, siente como suya el ansia del héroe, siendo hombre y criatura de Dios, y experimenta terror y piedad. En todos los tiempos, en todas las naciones, la representación pública de la tragedia es como rito que provoca una comunión religiosa aneja al culto ordinario de la religión sea esta mística, sea estatal y social.

Hay una excepción: España en el siglo XVII, y en

---

(\*) Conferencia dictada en la Universidad de Panamá el 10 de Octubre de 1960.

España Calderón. En una nación profundamente católica no hay lugar para la tragedia: Dios no abandona nunca al hombre. Tampoco asume el destino de éste. El hombre es enteramente responsable de su actuación, no hay predestinación que valga. Pero Dios le ayuda y esto lo demostró Calderón al plantear ante el público madrileño la solución católica de un problema eterno.

En la abadía cisterciense de Royaumont durante aquel coloquio, representó un grupo estudiantil del Instituto Hispánico de la Sorbona una obra espantosa de Calderón: **El médico de su honra**. En el escenario, un hidalgo sevillano, luchando contra su pasión y su debilidad humana, hace prevalecer una terrible ley, sin la cual se desplomaría la sociedad entera; mata a su esposa, con el consentimiento de ésta, en nombre de su honor, de la integridad de su alma. La mata llorando, la ofrece con gritos de dolor como ofrenda a un Dios implacable porque éste exige que cada una de sus criaturas le devuelva una alma sin manchar, total y no corrompida.

El caso es atroz. Calderón no disiente del parecer de su público o del público de hoy. El drama es horroroso. Pero el autor no sucumbe a la tentación de convertirlo en una sublime tragedia en que el personaje, ciego instrumento de la Providencia divina, sangrará a su esposa contra su voluntad. **El médico de su honra** es un drama, no una tragedia. En plena lucidez, en plena libertad, el desdichado hidalgo escoge su vía, la que le ha de llevar, cree él, a la misericordia divina.

Entusiasmado por la novedad del caso calderoniano, el público parisino de 1960, o más bien la élite intelectual que frecuenta Royaumont, se adentraba con gusto en el laberinto de la lógica calderoniana, pero no lograba tomar en serio las premisas, no conseguía creer en la verdad del dilema así expuesto: la razón contra la pasión, o sea el alma contra el amor humano. Algo arbitrario le parecía el problema planteado.

Así es como tuve que intervenir para dar a una ética que parecía circunstancial, muy España siglo XVII, y muy católica romana, su significado filosófico, su dimensión fuera de tiempo y de lugar. Expuse otro caso exquisito de Calderón, entiéndese un caso rebuscado, un caso límite, un caso de casuista; comenté un drama extraordinario: **“El tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos”**.

Mariemne, la esposa querida de Herodes el Tetrarca, ha consultado a un sabio judío para conocer su suerte. El astrólogo estudió la posición de la estrella bajo el influjo de la cual nació Mariemne, midió e interpretó la coyuntura del cielo en aquel momento y sacó el horoscopo: Mariemne había de morir bajo el puñal de su marido y por efecto del mayor de los monstruos.

Así es que desde la primera escena está en tensión el resorte dramático. Se cumplirá el horoscopo? Morirá de verdad Mariemne de una puñalada? Y si muere, los actores del drama llegarán a este asesinato a ciegas y contra su voluntad, movidos por un Dios cruel o bien voluntariamente, en plena luz de la conciencia? Si no muere, si no se cumple el horoscopo, se puede sacar una de los tres consecuencias lógicas posibles. Una: la astrología es falsa. Dos: el hombre es dueño absoluto de su destino. Tres: el hombre puede alterar con la intervención de su voluntad el destino fijado primeramente en (o por) las estrellas.

Calderón escoge esta última solución. En la cadena fija de causas y efectos que representa nuestra vida, el hombre hace saltar un eslabón y solda otra cadena: un nuevo determinismo se pone en marcha, cuyo engranaje puede romper de nuevo el hombre en cualquier momento. La astrología no es más que una imagen para designar el determinismo físico, la ley de la naturaleza. El hombre ni es esclavo ni es dueño del mundo natural. Inserta su libre albedrío, dentro del complejo mecánico de éste, y esa su libertad imponderable entra en función en ese

complejo, modifica su equilibrio, altera la naturaleza, vence la materia.

El problema no puede ser más actual. Parece que los físicos nucleares logran modificar al universo, obedeciendo a sus leyes. Por mala que sea esta formulación, oculta un problema transcendental.

Volvamos antes a la tragicomedia de Calderón. Alarmada, Mariemne va a consultar a su marido. Este le responde con consideraciones, unas muy profundas, otras de buen sentido, hoy aun valederas.

Primero, dice Herodes, el que conoce su destino, precipita su curso, acelera la velocidad de la sucesión de causas y efectos que le definen. (Del mismo modo el materialismo histórico sostiene que un análisis correcto de la situación precipita su evolución). El que conoce su destino, empuja la rueda de su propia historia. Además, como tiene la obsesión del acontecimiento esperado no logra evitarlo.. Es como el novicio en bicicleta : ve el obstáculo, y a causa de su temor, va derecho contra él.

Segundo, sigue Herodes, cuando uno dice que nuestro destino está inscrito en la coyuntura del cielo en el momento de nuestro nacimiento, qué significa esto? Esto significa que nuestra existencia empieza a componerse con las cosas y con otras existencias, en una armonía global, divina, donde nuestra parte es esencial, si bien condicionada por las demás, por lo otro. Por el mismo hecho de existir, nuestra energía está en función con las energías estáticas o dinámicas vecinas. Nuestro cuerpo está igualmente en función con los objetos puramente materiales ya que está hecho como ellos, dice Calderón, de tierra, agua, aire y fuego. Por consiguiente, seguimos el destino de estos cuatro elementos en tanto que fluye la energía universal por nuestro organismo efimero.

Nada ni nadie puede abolirnos, hacer como si no páramos. Nuestra muerte modifica el equilibrio universal sin duda, por una mínima parte, pero por cierta par-

te. A partir del momento en que dejamos de ser, se llena el vacío, es como si deslizaran los astros, ya que los astros, que pertenecen a la naturaleza, reflejan forzosamente nuestro destino, exactamente como, siendo materia, reflejamos las estrellas, todo eso en la composición global universal de las fuerzas.

Tercero, dice Herodes, si nuestro destino está inscrito absolutamente en las estrellas (entre otras cosas), si se define del exterior por los destinos de los demás, ya que nadie puede conocer de ciencia cierta el vasto universo, nadie puede determinar con exactitud la parte que tomamos en él. Es una cosa saber que está inscrito nuestro destino, es otra cosa descifrar el cielo. La astrología es imperfecta, los más grandes sabios se equivocan a menudo. Hay que darles crédito para prevenir los males que anuncian, pero no para esperar estos malos paciente y pasivamente. Esta es la tercera lección dada a Mariemne.

La cuarta, dice Herodes, es que no hay ninguna razón para creer que todas las estrellas son malas. El mundo está equilibrado de tal modo que tantas hay buenas como malas.

La quinta, añade el esposo, es esta: tu haces tu desgracia antes que suceda; pues la lloras, te atormentas, te haces desgraciada. El suceso en sí ni es feliz ni infeliz. Tu sólo por el modo con que lo asumes, por la manera con que te dejas afectar por él, tu sólo haces que tu estrella sea fasta o nefasta.

Sexto, lo que es angustioso, congojoso, es ignorar la hora y la manera de la muerte; pero al contrario, conocer la hora y la manera de la muerte da una serenidad total ya que se puede gozar en paz del tiempo que queda de vida.

En fin, añade, la actitud de Mariemne es totalmente pagana. "Mienten las estrellas (Ahora empieza la locura, la desmesura de Herodes) Y voy a probarlo. Ves

este acero que tengo en la cintura, ves este puñal que dicen que te va a dar la muerte. Pues mira, lo echo al mar". Y lo tira por la ventana del palacio que da sobre el puerto. Sigue burlándose "Ahora, eres inmortal, no te puede matar mi puñal ya que está ahora en el fondo de las aguas. Ha desaparecido para siempre el instrumento de tu muerte".

Entonces se levanta un grito espantoso. El puñal cual un cometa, cual una estrella fugaz imprevista en el cuadro, en la coyuntura del cielo, ha herido un náufrago, capitán del ejército de Herodes. Es el accidente estúpido, la casualidad, el acaso, el azar. Se trae al herido, se le saca el puñal. He aquí el puñal de nuevo en las manos de Herodes. Por un prodigio verosímil, natural, Herodes vuelve a ser el asesino eventual, potencial, de su mujer. Su sinrazón ha sido castigada.

El capitán contará cómo la flota de Marco Antonio no pudo salir al encuentro de la de César Octavio. Los vientos habían cambiado. Este azar, este golpe de la fortuna estaba inscrito naturalmente en el cielo, meteorológico, tanto como la nariz de Cleopatra, a la que ciertos historiadores atribuyen este suceso transcendental. Pero cada personaje ha sacado libremente partido de ese accidente atmosférico y ha alterado el destino de los demás. Por ejemplo al suicidarse Marco Antonio quita a César la posibilidad de arrastrarle en cadenas en Roma, le quita el triunfo. Además ha quedado dueño de su destino que habían alterado los vientos.

Así es como a cada momento se plantea el problema de las relaciones del hombre con su destino. Es dueño de él o no? Lo sufre pasivamente o lo asume activamente?

El Tetrarca de Jerusalén sigue con su terquedad loca. Da el arma fatal a su esposa: "Así serás, dice, dueña de tu propia suerte". Ella no lo acepta: "Si me quieres, no lo usarás contra mi vida. Así es que no tengo nada que temer". Y se lo devuelve.

Notemos que todos los actos se colocan en la línea del horoscopo, giran alrededor de este eje: la fatalidad prevista y anunciada por el sabio judío. Que la recusen o la acepten, los personajes actúan con relación a ella, obsesionados por ella. Es un punto común con la tragedia auténtica.

Pero, una serie de sucesos extraordinarios va a agudizar la situación. Octavio al descubrir el retrato de una hermosa desconocida, que es Mariemne. Se enamora de ella y lo hace copiar. Guarda un ejemplar y manda a sus soldados que cuelguen el cuadro encima de una puerta. Los soldados lo hacen muy mal (y éste es un punto muy importante). Clavan el retrato muy ligeramente. Contingencia?; son cosas que suceden.

Durante una entrevista violenta, Herodes, atrozmente celoso al ver una copia del retrato de Mariemne en las manos de Octavio, toma su puñal, quiere herir a su rival que pasa a otra habitación. En este momento cae el cuadro y el hierro se hunde en la imagen de Mariemne.

¿Cómo va a reaccionar el hombre ante este nuevo prodigio? Podría pensar que el destino hasta cierta medida se ha cumplido: su acero ha roto la imagen de su esposa, si no ha matado a ésta. Todo depende de él, de la interpretación que va a dar a este caso fortuito. Si aprovecha la ocasión para considerar como realizado el pronóstico del astrólogo, parte de una nueva base, el porvenir es virgen y le pertenece. Al contrario, si ve en este accidente otro eslabón en la cadena de sucesos que ha de acabar por la muerte de Mariemne, entonces vuelve a su acecho agresivo, acecha un futuro suceso que le permita romper la cadena, y espera otra ocasión, retarda el momento de modificar su destino.

Pues bien, por orgullo, rehusa la suerte que se le presenta. Cayendo en el pecado diabólico por excelencia, el pecado de orgullo, grita: "Soy el epílogo y el compendio de las miserias humanas". Se cree el chivo emi-

sario, en otros términos, asume los pecados de los hombres. Se toma, diremos, por Jesucristo. Con una soberbia demoníaca y un masoquismo complaciente declara: "mis desgracias de las que hay tantas y tan repetidas pruebas, no se acabarán con mi vida, pues mis desgracias son tan inmortales como mi mala estrella, la cual está en el cielo y no desaparecerá cuando muera. Por consiguiente, seguiré siendo desgraciado, allende la muerte".

Esto es muy grave: Como está compuesto su cuerpo de agua, tierra, aire y fuego, es evidente que la muerte lo va a disolver y volverá a lo físico, a la naturaleza. Pero si piensa que su desgracia como tal, experimentada por su ser, puede durar más allá de la muerte, se sitúa en otro plan, en el plan de la eternidad, de su condenación o de su salvación. No admite que "sus" desgracias cesen cuando muera. Quiere sobrevivirse. Es hombre de carne y hueso, y entiende seguir siendo eternamente y seguir padeciendo (como de su sinrazón), por todos los hombres. (En parte Unamuno comete la misma imprudencia, por lo que se le acusó de hereje).

Volvamos a la intriga. Herodes en la cárcel da la orden de matar a su esposa, ya que celoso por allá de su propia muerte, no quiere que ningún hombre la posea jamás. Y escribe una carta en este sentido a su capitán. Durante una disputa amorosa, la dama de éste, por celos, le quiere quitar la carta sospechosa, que se rompe. Los pedazos caen en manos de Mariemne, la cual se entera así que su esposo, que la quiere tanto y a quien tanto quiere, la condena a muerte.

Se dirá que la coincidencia es inverosímil. Es que Calderón, quiere perder la cadena de los acontecimientos en los incidentes más menudos de la vida cotidiana. La muerte fijada por Herodes para Mariemne no corresponde con la muerte descifrada por el adivino. Las estrellas habían dicho: por el puñal de tu marido y por efec-



to del mayor monstruo. Pues bien! Herodes le prepara otra muerte: otro desafío, y esta vez con embuste.

Octavio encuentra a Mariemne; en esta escena conmovedora, parece que los dos personajes conocen uno en otro la imagen de su destino por una misteriosa intuición. Se quiere matar élla con el puñal que trae Octavio y que es, por casualidad, de Herodes. Pero cae el acero. El Tetrarca se presenta. Viendo su puñal en el suelo, cree posible la infidelidad de su esposa y quiere matar a esta. Octavio se lo impide. Mariemne apaga las luces. Herodes intenta herir a Octavio y hunde su puñal en el seno de su mujer. Así muere Mariemne, víctima del mayor monstruo, los celos y herida por el puñal de su esposo, como lo dijo el astrólogo. "La has matado", exclama Octavio. "No, contesta este condenado loco de Herodes, Mariemne murió víctima de su destino". Con terquedad abominable, no reconoce que él solo es responsable de esta muerte.

Se acabó la comedia. Los espectadores dejan el corral de la comedia, guardando en el corazón, como lo deseaba Calderón, un sentimiento de indignación para con ese hombre que se obstina en su error e imputa a las estrellas la responsabilidad de un crimen que ha asumido, por su libre albedrío y varias veces, huyendo todas las ocasiones que le ofrecieron de evitarlo.

Como se ve ahora claramente, **El mayor monstruo los celos** es una anti-tragedia y Calderón por excelencia el poeta antitrágico. El héroe ni es abandonado de Dios ni es instrumento pasivo de sus designios.

Cinco meses después de este coloquio en Royaumont sobre la tragedia, se reunían en el mismo lugar filósofos y físicos de varios países. Se proponía el nuevo coloquio de esclarecer y definir la noción de dialéctica, al que Calderón había dado una solución tan aguda en **El Tetrarca de Jerusalén o el mayor monstruo los celos**.

Se define la dialéctica como la ley que prende a la

evolución del mundo. Un aspecto de una cosa se ve afirmado en una primera etapa. Como no coincide con la totalidad de la cosa, se le niega. Y como afirmación y negación resultan parciales y contradictorias, surge una proposición global que disuelve la contradicción. Entonces vuelve a empezar la misma operación. Una superación continúa permite disminuir la diferencia que va entre nuestra aprehensión de la cosa y la cosa misma. Es como un poliedro regular que al multiplicar infinitamente sus facetas viniera a coincidir casi con una esfera.

Pues bien, es la dialéctica ley de la naturaleza, el modo según el cual se transforma la materia inanimada en animada, a lo largo de las edades geológicas y también en la historia de los hombres? Los materialistas marxistas evidentemente sostienen esta tesis. También la sostienen los discípulos del Padre Jesuita Teilhard de Chardin por creer que la realidad obedece a una ley intrínseca que Dios le dio al ordenar el caos inicial. También la sostendrían muchos teólogos protestantes discípulos de Calvino y los jansenistas más o menos conscientes. Pues unos y otros creen en la predestinación. Diremos que creen que el destino de Mariemne está inscrito en el cielo, o lo que es idéntico, en la physis, en el mundo físico. Creen que Herodes es el instrumento de Dios para cumplir los designios de la Providencia. Creen que no se puede alterar la concatenación de causas y efectos, para hablar como los físicos contemporáneos de Calderón, o, para hablar como los físicos de hoy, el "ensemble" coherente del sistema universal.

A esta cohorte heterogénea pero unánime en este terreno, se opone otra facción compuesta de elementos no menos disímiles. Los ex-existencialistas (si se me permite la palabra) discípulos de Sartre sostienen que la dialéctica no es ley intrínseca de las cosas, sino el modo con que nuestra mente, la mente humana, hundida en el cosmos "desvela" progresivamente a éste, por afirmación,

negación y superación, lo ordena, lo asume, organiza el caos, ingiere en su necesidad nuestra libertad, lo transforma, lo hace nuestro como se hace suya. En breve el mundo es creación continua de la libertad, como la libertad es creación continua del mundo por un movimiento eterno de afirmación y oposición dentro de un razonamiento totalmente lúcido. Herodes lucha contra el destino y vuelve a caer en él en vez de sobrepasarlo. Sigue en zigzag y sin poder liberarse el carril del determinismo físico. Mariemne muere de su pasividad, de su desuso de su libertad natural.

Paralelamente, el catolicismo propiamente ortodoxo mantiene la tesis agustiniana de la que se inspira Calderón. Dios dio la libertad al hombre para que escoja en plena responsabilidad su camino, el de su salvación o el de su condenación. Dios con su gracia suficiente le indica mil y una vez la vía a seguir; pero el hombre suele ser sordo y ciego, no sabe interpretar las señales divinas. Si su pasión va ligada con su libre albedrío, es víctima de los engaños, cae en los vicios. Si su libre albedrío se liga con la razón, la gracia suficiente se hace eficaz y el hombre elegido por sí mismo goza de la gloria eterna. Por orgullo peca Herodes que lucha contra la physis en el plan de la physis, lucha en la que no puede sino perder. Con asumir plenamente el determinismo natural, se hubiera alzado por encima y hubiera alterado el curso de su historia.

••

Cualquiera que sea nuestra posición filosófica, sabemos que se trata aquí de un problema esencial y de cuya solución depende el porvenir del mundo. La inserción de nuestra voluntad a la vez libre y racional en el terrible engranaje de las fuerzas físicas y sociales que se

han desencadenado conseguirá o no salvar a la humanidad. La dialéctica del pensamiento conseguirá o no la victoria sobre el temible mecanismo de la naturaleza.

Tal es la cuestión ya planteada en 1640 por Calderón y que vislumbraba en otro no tan alejado, el de la psyché, Shakespeare cuando Hamlet, en nombre nuestro, vacilaba entre el ser y la nada.